

VIDA DEL ESPIRITU



IV

LA PERSONA Y DIOS

1. — La dimensión divina del hombre

El hombre es persona: por su inteligencia que lo abre al ser inmanente y trascendente y, en definitiva, al Ser infinito de Dios, como Verdad en sí, y por su voluntad, que lo ordena también a ese Ser infinito de Dios, como Bondad en sí.

Por su inteligencia el hombre está hecho para la verdad, no para esta o aquella verdad, sino para la Verdad sin límites, infinita. Por eso el intelecto siempre busca la verdad, pero nunca está contento con la verdad lograda. De lo más íntimo de la inteligencia brota siempre de nuevo el anhelo de verdad, que ninguna verdad finita puede saciar.

Esta es la razón por la que el sabio continúa sin descanso en la búsqueda de la verdad; y los resultados logrados nunca acaban de satisfacerlo. La verdad sin límites es la meta que atrae la inteligencia del hombre, que la mueve sin descanso a buscarla en todas sus participaciones limitadas, pero cuya consecución nunca consigue satisfacerla.

Del mismo modo, la voluntad busca el bien y, por eso, nunca cesa en su prosecución: está esencialmente ordenada a él como a su objeto formal especificante. Por eso, cualquier bien la atrae, pero ningún bien finito consigue saciarla.

La meta del bien infinito la atrae sin cesar y, por eso, no cesa en su búsqueda del bien; tras la posesión de cualquier bien finito, vuelve a brotar, desde lo más íntimo de su ser, su ansia de bien; y comienza de nuevo su incesante prosecución del mismo.

De ahí que el hombre nunca esté contento con el bien alcanzado: ni con el dinero o los bienes materiales, ni con los placeres, ni con la gloria o el poder, por grandes que sean. Paradojalmente tan poco el santo, que sí se ordena al Bien infinito, está plenamente contento en este mundo, en que no logra la posesión perfecta de Dios.

Por su espíritu el hombre, pues, tiene una dimensión infinita, una dimensión Divina.

2. — Espíritu finito hecho para el Infinito

El hombre es un ser finito, pero hecho para lograr su plenitud en el Ser infinito. Y por eso, mientras dure su jornada terrena y no llegue a la posesión plena de ese Bien infinito, sufre su ausencia, y no cesa —a veces por senderos sin salida— en su búsqueda azarosa e incesante de Dios.

Aquel espíritu extraordinario, genial por su inteligencia y ardiente por su amor, que fue San Agustín, después de buscar ese Bien en “las cisternas rotas” de los bienes terrenos y del pecado, exclamaba, en su reencuentro con Dios, siquiera en la imperfección de la vida terrena: “Nos hiciste, Señor, para Ti, y cómo está inquieto nuestro corazón hasta descansar en Ti” (Conf., final del Libro Primero).

La persona humana, limitada como es, sin embargo está herida de Dios, está llagada por el Bien infinito. Aquel enamorado de Dios que fue San Juan de la Cruz, lo expresa bellamente:

“¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras Ti, clamando y eras ido”

(Cant. Esp., 1ª Est.)

“¿Ay, quién podrá sanarme!
Por qué, pues me has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste
Y, pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste
Y no tomas el robo que robaste?”

(Ibid. Est. 6 y 9)

Esta llaga de Dios es la ausencia de Dios, no plenamente alcanzado, para quien el hombre está esencialmente hecho. Y por más que quiera curar esa llaga con todos los bienes terrenos, no hace más que exacerbar-

la. De ella de continuo brota el ansia del Bien infinito ausente o no plenamente alcanzado.

3. — Mutilación de la trascendencia divina del hombre en la filosofía existencial contemporánea

Los filósofos actuales de la existencia han mutilado doblemente la apertura esencial del hombre a la trascendencia del Ser divino.

En primer lugar, se han quedado en la trascendencia inmediata del ser finito, desarticulado de la Meta del Ser infinito, que es el Fin al que el hombre está ordenado por su propia naturaleza, y cuya posesión es la única que puede conferir a la persona humana su plenitud y su consiguiente felicidad, y la única que puede otorgar sentido a su existencia, y fundamento metafísico a la trascendencia del ser finito. De ahí el sentido pesimista impreso a esta trascendencia puramente finita, que no es el Fin o Bien infinito supremo del hombre ni, consiguientemente, puede saciarlo; y que lo conduce a la angustia (Heidegger), a la náusea (Sartre) o al fracaso (Jaspers) y, en definitiva a la desesperación de un ser humano abandonado a su contingencia y finitud, sin sentido y absurdo.

En segundo lugar, estos filósofos han desnaturalizado la misma trascendencia finita inmediata, no sólo por privarla de su fundamento que es la Trascendencia divina, sino también porque han reducido el ser de esta trascendencia a un mero aparecer en la inmanencia del "Dasein".

La observación fenomenológica reducida al puro ámbito inmanente de la conciencia, les ha impedido ver todo el alcance auténticamente ontológico del ser trascendente y, por eso mismo también, la conexión necesaria de este ser finito con el ser infinito, suprema instancia y fundamento metafísico de esta misma trascendencia finita, y en la que se apoya y por la cual logra su esencial y definitivo sentido la espiritualidad finita de la persona humana.

4. — El mundo, intermediario del diálogo de la persona humana con la persona divina

La persona humana se encuentra frente a los vestigios de ese Bien infinito, los bienes creados —materiales y espirituales— que sólo son por participación de aquel Bien y, por eso, lo reflejan y remiten esencialmente a El. De aquí que, cuando el hombre no se pierde o se deja estar en el laberinto sin salida de tales bienes finitos, sino que los contempla como son, vestigios del Bien infinito de Dios, entonces los escucha y habla con ellos, como con los mensajeros de Dios.

El mundo es el transmisor del mensaje o palabra de Dios al hombre. La persona humana es el yo en comunicación con El a través del tú —del mundo— que nos habla de El.

En definitiva, la persona humana no es algo sino alguien, que es y sabe que es, dueño de sí por la conciencia y la libertad, y esencialmente ordenado a Alguien, consciente y libre—más allá del mundo circundante, por el cual se le comunica—, la persona infinita, que la espera para un encuentro y diálogo y para la donación de sí.

Por eso, cuando a través de sus mensajeros —las verdades y los bienes finitos del mundo—, la llaga por ese Bien infinito se exacerba, el hombre sólo ansía llegar a ese Bien infinito en sí mismo, y exclama:

*“Acaba de entregarte ya de vero
De hoy no quieras enviarme ya mensajero,
Que no sabe decirme lo que quiero”*

(S. Juan de la Cruz, Cant.
Esp., Est. 6)

La misma unión terrena con Dios, mediante la inteligencia y el amor, y aún mediante la fe y la caridad sobrenatural y el don de sabiduría de los místicos, no hacen sino acrecentar el ansia del encuentro con Dios cara a cara. “Rompe la tela”, dice el alma enamorada de Dios, cambia tu presencia oscura a través de las ideas, los signos y las cosas, a través de tus mensajeros, con tu entrega clara e inmediata.

5. — El camino hacia Dios engendra el mundo de la cultura

La vida terrena es un peregrinar de la persona en destierro, lejos de su Bien para el que está esencialmente hecha, en busca de la Patria, de la Presencia y de la Entrega de Dios al alma por al visión y el amor.

Mientras transcurre este duro peregrinar del homo-visitor en busca de esa Meta definitiva divina, con su inteligencia y voluntad libre, el hombre va transformando las cosas y su propia actividad, va creando su mundo propio y exclusivo de su ser personal: la cultura o humanismo (ver SAPIENTIA, editorial del nº anterior), como preparación y acercamiento incesante a la consecución de su Bien supremo divino. En búsqueda de Dios, va dejando tras sí las huellas de su espíritu: en las obras de la técnica, del arte, de la moral, de la ciencia y de la filosofía; y, en la actual Providencia cristiana, en estas mismas obras elevadas por la fe y la vida sobrenatural.

6. — El camino hacia Dios engendra el mundo de la moral, del derecho y de la sociedad

A la luz de este Fin divino se logra establecer también el orden moral o de perfeccionamiento humano —y el cristiano, desde el Fin sobrenatural—, desde el interior de la propia persona, que de-vela el camino de tal perfeccionamiento en la búsqueda de Dios, su Bien definitivo, y lo acata con su libertad para realizarlo.

Y desde este orden moral, establecido en el interior del espíritu por la inteligencia y la libertad desde el Fin o Bien trascendente de Dios, el hombre descubre con su inteligencia y acepta con su libertad el orden jurídico natural y, fundado en éste, el orden jurídico positivo, y la sociedad familiar y política; logra establecer, desde su interioridad espiritual, el orden humano individual, familiar y social; en una palabra, logra fundamentar el orden y el perfeccionamiento de su propio ser personal y social en la tierra —del homo-viator— como un camino y un ordenamiento de su vida en busca y en dirección a la posesión plena e inmediata del Bien infinito de Dios, su último Fin.

7. — La búsqueda de Dios, determinante de toda la actividad humana

Todo cuanto el hombre piensa y hace en este mundo es una búsqueda —consciente o inconsciente— del Bien infinito de Dios. Si, por absurdo, Dios no existiese, el hombre quedaría paralizado en toda su actividad: faltaría la Meta del Bien infinito que lo mueve en busca del bien —los placeres, los objetos terrenos, la gloria y el poder, y también el bien moral y la santidad— porque ningún objeto sería bien capaz de mover al hombre, sin el Bien infinito del que participa y por el Cual es tal.

Por eso, todo cuanto el hombre elabora en su pensamiento y ejecuta, a sabiendas o sin saberlo, consciente o inconscientemente, es una búsqueda de Dios, es una afirmación de su esencial ordenamiento a El. Y por eso también la cultura en todas sus manifestaciones es un testimonio de este camino ascensional del hombre a Dios.

8. — La posesión de Dios, Fin del hombre y término de su peregrinar

Cuando el alma humana, que se ha ordenado a Dios en la vida presente, se encuentre con El, en el término de su peregrinar, más allá de la muerte, la llaga quedará curada, se logrará el equilibrio de esa persona finita hecha para el Bien infinito, cesará su azarosa búsqueda, y todos los bienes terrenos y los bienes elaborados por el propio hombre en

las cosas y en su propio ser por la cultura, quedarán atrás. Los medios cederán el lugar al Fin, los mensajeros al Mitente, lo finito a lo Infinito, la búsqueda a la posesión.

Con la posesión perfecta y sin término del Bien infinito se habrá logrado la plenitud humana —y divina, en la actual providencia sobrenatural cristiana— de la persona —y del hijo de Dios, engendrado por Cristo— y con ella la quietud, la paz y la felicidad para siempre.

MONS. DR. OCTAVIO N. DERISI.